

SEMANA AL DIA

REVISTA COLOMBIANA DE ACTUALIDAD

Camilo Torres:
o la revolución
sin definiciones



MARTÍN EMILIO "COCHISE" RODRÍGUEZ

División Ospinista

**LAS PARLAMENTARIAS
Y EL DIVORCIO**

VALOR \$ 2.00

No. 65

SEPTIEMBRE 9 DE 1965

Camilo Torres, o la Revolución sin definiciones

Sin lugar a dudas, es bueno y saludable que la opinión pública colombiana esté inquieta y sacudida por el caso del padre Camilo Torres, que tan amplia difusión ha tenido en la prensa, aunque no siempre con la debida objetividad.

Es, además, sintomático. Algo muy poderoso está latente en el alma del pueblo colombiano en estos mo-



mentos. Las diversas reacciones que la actitud y las ideas del padre Camilo han producido, es absurdo atribuirles a frivolidad o a un sensacionalismo vano.

Observemos los hechos:

1º— Un homenaje público al padre Camilo Torres en la Ciudad Universitaria; el anuncio de su viaje al exte-

rior, debido a una serie de presiones, y la presentación de una atrevida plataforma de unidad de acción, todo ello en el mismo acto, dieron ocasión para que se desatara una pequeña polémica que no hubiera trascendido, a no ser porque los planteamientos del padre Camilo Torres encontraron un eco inusitado y clamoroso en vastos sectores populares.

2º— Este eco popular a los planteamientos del padre Camilo indica que ya hay, entre los universitarios, entre los sindicalistas, entre los profesionales jóvenes y entre los campesinos, una conciencia revolucionaria, y que nadie que predique el cambio social pierde su tiempo.

3º— El acendrado sentido religioso del pueblo colombiano explica por qué las ideas revolucionarias, al ser predicadas por un sacerdote, inflaman los espíritus. Efecto que, en tal magnitud, no habían logrado en varios lustros los comunistas, ni tampoco, en sus años de existencia, los demócratas cristianos o los nacionalistas populares. Cede, como por encanto, el concepto tenebroso que los reaccionarios habían logrado suscitar sobre la revolución.

4º— Esto preocupa a quienes, satisfechos o conformes con el actual estado de cosas, veían la revolución en Colombia como algo tan lejano, que prácticamente era imposible.

5º— La plataforma del padre Camilo Torres, ni es nueva, ni es solamente de él. Por otra parte, él no se ha propuesto reivindicar para sí su

autoría intelectual. Contiene una serie de aspiraciones deliberadamente simplistas y deliberadamente escandalosas.

6º— Las reacciones que ha ocasionado son, en sí, más importantes que la misma plataforma, cuya viabilidad y conducencia son discutibles. Pero el fervoroso apoyo de los sectores populares y el rotundo rechazo de los grupos conservadores, dan la medida de la tensión existente en la sociedad colombiana.

7º— El padre Camilo Torres, aunque ha discrepado públicamente de las opiniones personales del señor Cardenal, y aunque se ha referido a la iglesia y al clero de Colombia, con desusada crudeza, ha utilizado un lenguaje que trata de ser respetuoso con la jerarquía. Parece vibrar en sus palabras la angustia interior de ver al cristianismo comprometido, así sea solo por las apariencias, en un régimen económico y social que atenta contra la dignidad del hombre. Con su solicitud de que se le releve por el momento del ejercicio externo del culto, el padre Camilo demuestra su voluntad de ceñirse a las normas canónicas vigentes, si bien, esto, a nuestro modo de ver, es un paso contraproducente.

8º— El padre Camilo Torres no ha predicado abiertamente la revolución sangrienta, ni las depredaciones, ni el paredón. Lo que ha hecho es señalar, como científico, las alternativas que se pueden plantear a una salida revolucionaria, según sea la resistencia al cambio social. Desgraciadamente, en esto lo grave no es lo que se dice, sino lo que se entiende, y, por ello, su actitud resulta equívoca. La opinión de que no va a ser posible un cambio incruento, puede llevar insensiblemente a ver en las armas y en las guerrillas la única salida, lo cual es absolutamente insensato en el caso de Colombia, cuyo pueblo está cansado de violencia física y necesita precisamente todo lo contrario: que se le enseñe a actuar solidariamente, con tal decisión y eficacia, que no sea posible resistir a su presión moral (ejemplo: la huelga de los educadores).

9º— El padre Camilo Torres no es comunista. Quienes han tenido la osadía de asegurarlo, o de crear sospechas a este respecto, han procedido con una ligereza rayana en la mala fé. Pero, por otro lado, no es fácil predecir hasta cuándo puede durar la reticencia filosófica, si se aceptan indiscriminadamente la economía y las tácticas marxistas.

10º— La posición del señor Cardenal es notoriamente impopular. Lo afirmamos con respetuosa franqueza. Aunque el pueblo católico siga acatando afortunadamente su autoridad religiosa y ponderando sus virtudes personales,

cada vez es mayor la indiferencia ante sus admoniciones relativas a asuntos sociales o políticos. Su aislamiento es la única explicación de algunas de sus aseveraciones, que causan estu-por y desconcierto.

Así las cosas, creemos que la cuestión se ha planteado mal. Se ha querido rebatir al padre Camilo Torres afirmando que sus tesis son contrarias a la doctrina de la Iglesia. "El Catolicismo" ensayó, inclusive, una réplica a ellas con base en los postulados de la llamada "doctrina social católica". En cambio, no conocemos las objeciones de tipo técnico que serían, a nuestro juicio, las únicas pertinentes, toda vez que la plataforma se aparta conscientemente de toda referencia filosófica o religiosa.

Y si, como pensamos, el nervio de la plataforma lo constituye la sustitución de la propiedad privada capitalista por la propiedad comu-naria de los medios de producción, enfáticamente se puede sostener que nada está más acorde con el espíritu evangélico, que condena el ansia desmedida de riquezas y su acaparamiento, cuyo nombre moderno es capitalismo.

La Iglesia misma, en su estructura temporal, no está exenta de caer en la tentación de la seguridad económica, que es la negación de la "aventura" que supone el Reino de Dios. Por esto existió, verbigracia, un San Francisco de Asís.

Un escritor español dijo alguna vez que la mayor satisfacción de los capitalistas era que el comunismo se declarara ateo. En esta forma, la defensa de sus riquezas frente a él adquiriría, por fuerza de las circunstancias, un carácter sagrado. Pero, para su desdicha, resulta que, hoy día, gentes de cuya religiosidad no se podría dudar, son precisamente los que hablan de la necesidad de redistribuir las riquezas de la tierra y están dispuestas a aplicar la justicia social.

Así vemos cómo el padre Camilo Torres no lo pueden querer las clases dirigentes del país, porque sus actuaciones van dirigidas precisamente a despojarlas del poder económico y político que tradicionalmente vienen detentando. Es curioso ver cómo los periódicos de derecha, tan respetuosos del fuero sacerdotal, fueron los primeros en salir, lanza en ristre, contra el representante del clero que en ese entonces era Camilo, que se atrevía a afirmar que era partidario de la revolución, no solo por ser católico, sino por ser sacerdote, es decir, con sus palabras, "un profesional del amor".

Sin embargo, consideramos que el peligro no está ahí. El peligro está por dentro, y en él debe poner toda su atención el padre Camilo Torres:

El peligro está en dejarse absorber, él, que dice estar actuando como cristiano, por los afa-nes temporales, descuidando el plano sobrenatural.

El peligro está en vincularse a cualquier secta o partido, en lugar de seguir perteneciendo, como cuando ejercía el sacerdocio, por entero, a todo el pueblo.

El peligro está en hacer de la revolución un fin en sí mismo, cuando evidentemente es solo un medio, el único en estos pobres países subdesarrollados de América latina, para alcanzar el bienestar para las mayorías populares.

El peligro está en tratar de desalojar a los laicos de tiempo completo, de una tarea que a todas luces les corresponde en forma directa: la política.

El peligro está en dejar que otras personas, así sea su propia madre, den declaraciones a la prensa en su nombre, porque existe el riesgo de que desvirtúen su posición.

El peligro está en dejarse llevar del turbión revolucionario, en lugar de dirigirlo y encauzarlo, de tal modo que el proceso no cause víctimas inútiles, no sacrifique al pueblo y no provoque injusticias y resentimientos.

El peligro está en que los halagos a la vanidad personal que causan la publicidad y el fervor popular, eneguezcan el espíritu y desvien la recta intención.

El peligro está en ser ingenuo frente a los camaradas comunistas, cuyo criterio sobre la unidad de acción es muy original, pues sirve mientras sea aprovechable para sus fines (uno de ellos, dividir la Iglesia), sin que cuenten mucho después la lealtad y los pactos.

Y el peligro está, en fin, en hacer el ridículo como el célebre Cura de Catapilco, en Chile, si no se saben ponderar bien las situaciones y, especialmente, si no se sabe discernir con juicio qué funciones le corresponden a un agitador o a un profeta, que noson las de señalar líneas políticas o electorales a ningún grupo o movimiento, ni pretender inclinarlo en tal o cual sentido, sino solamente despertar la conciencia del pueblo y animarlo a participar en la empresa de su reivindicación y de su progreso, pero dejando a su propio criterio el optar por el partido político que mejor interprete sus anhelos.

Por esto insistimos en que Camilo Torres lo hacía mejor antes, como sacerdote y doctrinante, formador de líderes, que, ahora, como político que no puede definirse por ninguna tendencia, y está, por eso, expuesto a ser tildado en todas ellas de entrometido.

Francisco de P. Jaramillo G.